

El orgullo del gran faraón

Para muchos el gran templo de Abú Simbel no solo es el mayor aliciente de toda visita a Asuán, sino también de Egipto. Junto a las pirámides de Giza, en El Cairo, la historia ha querido que Abú Simbel acabara por convertirse en el símbolo por antonomasia del país de los faraones. Situado 300 km al sur de Asuán, a un tiro de piedra de la frontera con Sudán, sobre el margen oriental del Nilo, hoy hay pocos turistas que quieran perderse la oportunidad de contemplar una de las mayores maravillas de Egipto. Aunque sea la más inaccesible.

Aun siendo conocido como el constructor más prolífico que ha tenido Egipto, Ramsés II siempre será recordado por el colosal templo que levanta en un lugar tan insólito como la lejana Nubia. Cortado en la roca arenisca de una montaña, la grandiosidad del templo es abrumadora, con su fachada de cuatro figuras sedentes del mismo Ramsés, de 18 metros cada una, dos a cada lado de la entrada. Constituye un prodigio de la ingeniería antigua, puesto que su orientación es tan exacta que el sol naciente de los equinoccios penetra directamente por la gran entrada e ilumina tres de los cuatro dioses tallados en el santuario, 60 m en el interior de la montaña. Por asombroso que parezca, el cuarto dios, Ptah, permanece en la sombra ya que es una divinidad asociada con el otro mundo.

Uno de los aspectos más insólitos e interesantes del gran templo de Abú Simbel es su localización. ¿Cómo es posible que Ramsés II, el gran faraón-general, el mayor constructor egipcio de todos los tiempos, el rey más ególatra de cuantos existieron en la antigüedad del país del Nilo, decidiera inmortalizar su grandeza en la lejana Nubia? La patente contradicción del hecho se nos aparece aún más rotunda cuando nos desplazamos hasta allí. La carretera que une Asuán con el templo recorre 300 km del paisaje desértico más desolado que quepa imaginar. Solo en invierno rebaños de camellos procedentes de Sudán salpican este paisaje que parece abandonado, casi muerto.

Frente al colosal templo y en la orilla del Nilo tampoco vemos apenas signos de vida ni de civilización alguna. Las enormes estatuas sedentes de Ramsés miran serenamente al río y casi nos atreveríamos a decir que de hecho lo hacen a la nada. La respuesta a esa incógnita que parece tan vieja se encuentra, por extraño que parezca, en un giro de la historia muy reciente. Hasta principios de los años 60, la hermosa Uanat –el nombre con que los antiguos egipcios designaban a la Baja Nubia- tenía un aspecto radicalmente distinto al actual. Desde la primera catarata en Asuán hasta la segunda en el puerto sudanés de Wadi Halfa, Nubia era un vergel de cuidados cultivos adornados con innumerables templos pertenecientes a los Imperios Medio y Nuevo. Cuando en 1960 el gobierno egipcio inicia la construcción de la gran presa de Asuán, queda claro que el precio que hay que pagar en aras del progreso es la práctica desaparición de la Baja Nubia bajo las aguas. Ello también significaba la pérdida total de una de las mayores maravillas de la humanidad: el templo de Abú Simbel.

Pero cuando Ramsés II decidió levantar su gran obra inmortal en Nubia 3000 años atrás, sus preocupaciones eran muy distintas. Para los faraones del Imperio Nuevo, Uanat es un territorio de importancia vital. Allí no solo se abría la puerta al África misteriosa, sino que también era donde se encontraban las grandes minas de minerales tan importantes como la

diorita y el granito negro y las aún más cautivadoras minas de plata y oro. Nubia también había servido para iniciar la reconquista de los territorios perdidos.

Así es que no tiene nada de extraño que el astuto Ramsés comprendiera mejor que nadie la importancia capital de Nubia, y viera que aun lejos de Tebas y Menfis, era allí donde debía dejar su huella inmortal. En tiempos de nuestro faraón, lo que ahora conocemos como Abú Simbel se llamaba Meha y era poco más que un poblado. Pero allí se veneraba al dios Horus, dios solar que se representaba con cabeza de halcón y dos alas extendidas a ambos lados. A este dios le estaba dedicada una capilla que quizás ya estuviese excavada en la roca. Esta capilla pasó a incorporarse al programa de ampliaciones, reconstrucciones y embellecimiento del incansable faraón.

El proyecto estudiado por los arquitectos del faraón era colosal: dos templos mayores, más los ya existentes y los arreglos accesorios, todo ello a gran escala. El más grande de los templos, completamente excavado en la roca, fue dedicado a los dioses mayores del país: Amón-Ra, Ra-Horakhti (las divinidades solares más difundidas), Path, y por supuesto, el propio Ramsés, elevado e igualado a rango divino. El más pequeño de los dos templos se dedicó a Hathor, divina y alegre deidad del sexo femenino. Pero también lo estaba a la reina Nefertari, la más amada de sus esposas por su falta de interés en asuntos de estado.

Se esculpieron enormes estatuas del soberano para decorar la fachada exterior del templo. En la sala mayor de cada uno de los dos templos estaban representados, bajo la forma de Osiris y Hathor, el faraón y su consorte. En la fachada y en el interior, otras estatuas estaban dedicadas a los miembros secundarios de la familia real, que entre esposas e hijos eran una auténtica multitud, ya que Ramsés, que vivió 82 años, era tan vanidoso como apasionado. La habilidad de los arquitectos del faraón se puso de manifiesto en la formidable concepción del conjunto, con una sucesión de salas excavadas en la roca, en niveles decrecientes y rodeadas a ambos lados por locales de menor tamaño, que desempeñaban funciones de salas de culto e incluso de almacén, lo que otorga a la planta del templo una curiosa forma de cruz.

Solo para el templo mayor se ha calculado que los trabajadores del faraón tuvieron que excavar diez mil metros cúbicos de roca. Y existe una razón para que así fuera.

Abú Simbel no tenía suficientes defensas contra la arena del desierto, que se derramaba sobre él desde la parte superior de la parte rocosa en la que estaba excavado. Durante siglos, una constante y renovada lluvia de arena escondió –y con ello protegió– gran parte de sus estructuras. Pero nunca desapareció completamente. En la época romana más de su mitad estaba cubierta, y cuando Mahoma predicaba en la vecina Arabia, la movediza arena lo cubría casi totalmente. Solamente las cabezas de las gigantescas estatuas que decoran la fachada continuaron emergiendo, durante siglos, sobre las arenas del desierto.

El 5 de marzo de 1813 el jeque Ibrahim ibn Adn Allah las descubrió, iniciando así un siglo y medio de apasionantes aventuras arqueológicas alrededor de los grandes templos de Ramsés II. El valiente e infatigable jeque, que hablaba perfectamente árabe y era toda una autoridad del Islam, no era otro que el gran viajero suizo Johan Ludwig Burckhardt, el más documentado e intrépido explorador de Nubia que existiera en la era moderna. Tras sus descubrimiento, se inició la tarea de desenterrar y rescatar de las arenas la obra de Ramsés,

empresa que llevó a cabo un italiano al servicio de Inglaterra, Giovanni Batista Belzoni. El 1 de agosto de 1817 consiguió por fin entrar en el gran templo a través de una galería de arena. Experimentó una gran desilusión al no encontrar ningún tesoro y sí un calor infernal –más de 55°C-, una serie de incomprensibles esculturas en las paredes y una extraña sustancia negra que cubría el pavimento. Posiblemente el resultado de la mezcla de polvo y arena que habrían acumulado los siglos.

En el período comprendido entre las dos guerras mundiales, el complejo de Abú Simbel ya había sido excavado, limpiado y consolidado; pero por encima de todo, se había valorizado como uno de los más grandes testimonios de la historia del antiguo Egipto. Las operaciones de rescate y traslado –cortando los templos en grandes bloques de una veintena de toneladas cada uno–, efectuados con la construcción de la gran presa de Asuán, que lo hubiera ahogado bajo las aguas, fue la gran aventura del templo de Ramsés II. Cada uno de los bloques fueron sacados de su ubicación original, trasladados hasta otro emplazamiento lo suficientemente alto como para que no fueran tragados por el lago formado por la presa, y finalmente reconstruidos con todo cuidado, de manera que tuviesen un acabado lo más idéntico posible al anterior.

Así es que, treinta y tres siglos después de su construcción, el mundo volvía a movilizarse para dejar junto a las aguas del Nilo la muestra en piedra de lo que persiguiera con tanto empeño el orgulloso Ramsés: su inmortalidad.

La sensación que experimento en Abú Simbel es inefable. Sé que Ramsés se sentiría orgulloso de saber que, con la creación de la Gran Presa de Asuán en 1964 y la formación del lago Nasser que inundaría dos terceras partes de la Baja Nubia, puso literalmente en movimiento a media humanidad, con objeto de que Abú Simbel no quedara sumergido bajo las aguas. Nada menos que doce organizaciones internacionales y cuarenta países se afanaron en desmantelarlo por completo, y volver a construirlo allí donde uno lo admira hoy. El gran faraón puede darse por satisfecho, pero en la desolación que me rodea aquí no hago otra cosa que acordarme de mi amigo.

A un lado me mira la eternidad creada en piedra, y del otro el recuerdo de una persona que quizás no pretendía otra cosa que perseguir la libertad de su opuesto.

Extraído de la revista "Rutas del Mundo" Nro. 104 – Abril 1999. pp. 14 a 20.

Texto: Manuel Vintró